482

PEDRO MUÑOZ SECA
Y
PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ

Los amigos del alma

JUGUETE COMICO

EN DOS ACTOS, ORIGINAL

Copyright, by P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández, 1919

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1919

LOS AMIGOS DEL ALMA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

LOS AMIGOS DEL ALMA

JUGUETE COMICO EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

Estrenado en el TEATRO CERVANTES de Madrid, el 11 de noviembre de 1919

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.°
TELÉFONO, M. 551
1919

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/losamigosdelalma3721muno

A Justo Larios de Medrano, gala y orgullo del periodismo español, afectuosamente,

Pedro Muñoz Seca.

Pedro Pérez Fernández.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PALOMA	María Herrero.
VENANCIA	Concepción Aragón.
BAUDILIA	María Robles Bis.
CEFERINO	Ricardo Simó Raso.
PACIANO	Rafael Ramírez.
ACISCLO	Manuel Perales.
LUCIO	Benito Cobeña.
PALMAU	Ricardo Marchante.
VÁZQUEZ	Rafael Rivelles.
SORDO	José Cañizares.
GABRIEL	
BELLIDO	Rafael Torres.
COSTAS	Aniceto Alemán.
ESCOLANO	Cástor Sapela.
BASILIO	Andrés Tobías.

ACTO PRIMERO

Trastienda y sala de pruebas de un modesto bazar de ropas hechas en la calle de Toledo de Madrid. En el lateral izquierda, puerta que simula conducir a la tienda. En el foro y lateral derecha (actor) puertas que dan acceso a restantes departamentos de la casa.

Hay en escena, a la derecha, un gran espejo, una percha con varios trajes a medio hacer, un maniquí vestido y dos maniquíes más con sendos impermeables de campo, caladas las capuchas. Es de día: un día de invierno.

—

(Al levantarse el telón están en escena; ACISCLO, dependiente del bazar y GABRIEL, un hombre de mediana edad, con aspecto de criado de casa grande. Gabriel tiene puesto un traje flamante, de un color crema muy claro y que en lo que respecta a hechura es una birria: una manga más corta que otra, la americana muy bocona y acasulladísima por el cuello, y los pantalones larguísimos y muy acampanados.)

GAB. No vengo más que a eso: a que me vea usted el traje puesto y me diga honradamente si está de recibo. Fíjese usted. (Da una vuelta ante Acisclo.)

ACIS. Hombre, parece mentira que sea usted criado del Cónsul de Chile.

GAB. ¿Por qué?

ACIS. Porque se está usted rozando a toas horas con gente que viste bien y debía usted saber cuál es la última moda.

GAB. ¿Pero esto que me ha hecho usted está de moda?

ACIS. Con ese traje se va usted a Londres y le saludan los polismanes; no le digo a usted

C71714

más. Porque esta tienda está en la calle de Toledo, pero yo no me asomo una vez a la puerta que no vea a Peñalver y a San Miguel y a Cimarra, embobaos delante del escaparate y aprendiendo hechuras.

GAB. ¿Pero de cuándo acá se lleva una manga más corta que la otra? Porque esta está más corta.

ACIS. Claro; pa que se vea el reloj de pulsera.

GAB. Pero si yo no lo uso.

ACIS. Pues se lo compra usted.

GAB. (Por el cuello de la americana.) ¿Y esto? ¿Esto está también de última?

ACIS. Naturalmente. Los trajes de ahora, ya se sabe: una mijita bocón pa la comodidad de poderse rascar con una varita.

GAB. Eso es otra cosa.

ACIS. ¿Está usted viendo?

GAB. Lo que me tiene azarao es el colorcito, porque yo le dije a usted café con leche.

ACIS. ¿Y no es café con leche?

GAB. Tiene más leche que café.

ACIS. Pues eso va usted ganando, porque el mucho café irrita.

GAB. Usted tiene salida para todo

ACIS. Yo lo que le digo a usted es, que en cuanto le vea el Cónsul el traje, viene aquí a hacerse la ropa.

GAB. Bueno, le pagaré a usted y me voy que tengo que llevar este anuncio al *A B C*.

ACIS. ¿Ha perdío usted algo?

GAB No: es asunto de la casa. Casi na: una tontería. Un señor que se ha muerto en Chile y le deja dos millones de pesos a un pariente suyo a quien ni siquiera conocía y cuyo pariente está aquí en España, pero que no hay quien lo encuentre.

ACIS. ¡Atiza!

GAB. Y que dice el testamento que si no comparece en el término de un año se inviertan los dos millones en adquirir cuadros del Greco y que se regalen los cuadros al Museo del Prado.

ACIS. ¡Qué lastima!

GAB. Ya se han presentado allí con cuadros para coger la vez, lo menos quince personas. En fin, (Dándole un billete.) quedamos que en diez y nueve duros, ¿no?

ACIS. Menos de veinte no se lleva de aquí un traje ni el Marqués de Viana. Con esto de que ya no hay guerra, el género inglés s'ha subío muchísimo.

GAB. ¡Hay que ver!. . Veinte duros. (Dirigiéndose a la puerta del foro.) ¿Es por aquí?

ACIS. La tienda es por aquí, (Por la izquierda.) pero por ahí se sale al portal. Pase usté.

GAB. Muchas gracias. Adiós, buenas tardes.

ACIS. (Acompañándole.) Vaya usté con Dios. (Hace mutis Gabriel por la puerta del foro.)

PAC. (Asomando la cabeza por la puerta de la izquierda.) ¡Chist!...

ACIS. ¡Señor Paciano!

PAC. (Entrando.) No alces el chantecler que vengo de incógnito. ¿Se sabe algo del amo?

ACIS. Nada. Hoy hace quince días que desapareció sin dejar rastro.

PAC. Ese va camino de América, Acisclo.

ACIS. ¿Pero, cómo? ¿Y el dinero para el pasaje? Además, que el tren no ha podido tomarlo en Madrid, porque como le debe seiscientas pesetas a Quintilla, ese policía de la brigada móvil, están todos los compañeros sobre aviso pa echarle el guante en cuanto lo vean en una estación. Yo creo que el amo se ha suicidao, señor Paciano.

PAC. ¡Ojalá! ¡Que más quisiera yo...! Le lloraría porque era un amigo del alma, pero... ¡que más quisiera yo! ¿Y el ama? ¿Y ese monumento de belleza?

ACIS. Doña Paloma, ahí dentro convenciendo al inglés número cuatro.

PAC. ¿Al casero, tal vez?

ACIS. No señor: un inglés de Sevilla.

PAC. ¿Qué ha ocurrido hoy?

ACIS. ¡La locura! El Juzgado ha embargao esta mañana hasta el fuelle de la cocina y la policía ha registrao dos veces la casa buscando a don Ceferino.

PAC. ¡Infeliz! Escucha, ¿y ella...? ¿Eh...?

ACIS Ella, todo lo espera de usted, señor Paciano y no se explica cómo siendo usted tan amigo de don Ceferino, le ha dejao llegar a esta situación.

PAC. Es verdad: yo podía haberle salvado: era mi amigo, mi hermano y ¿qué suponían para mí unos miles de pesetas? Pero no, Acisclo,

no, venció mi egoísmo; yo estoy por esa mujer que logaritmeo en los zócalos.

ACIS. ¿Eh?

PAC Que hago números en las paredes.

ACIS. ¡Ah!

PAC. Y quiero verla así, abandonada, sola; quiero que venga a mí y me diga: «Señor Paciano: la ruina, sálveme usted.» Y entonces, yo la daré una mano. ¡Qué mujer! Bueno, la voy a dar una mano que la voy a sacar brillo.

ACIS. ¿Quiere usted verla?

PAC. No; luego caeré por aquí, con el aquél de interesarme por Ceferino. (Suspira.) Escucha, ¿preguntó ayer por mí? ¿Me nombró? ¿Se fijó en la corbata nueva que yo traía el lunes?

ACIS. Creo que no.

PAC. Acisclo, tú no trabajas.

ACIS. Usté no se da cuenta de lo difícil que es machacar en hierro frío.

PAC. ¡Caray, que me cuestas un duro diario!

ACIS. Rediez: los toneleros de Valencia ganan siete.

PAC. A ver si te me vas a sindicar tú también.

ACIS. Está tó p r las nubes, señor Paciano.

PAC. Ojo, que te declaro el locotuque. Toma. (Le da un duro.) Ahí te quedas. Luego vendré yo a explorar el terreno por última vez y si ella da por perdido a Ceferino y se blandea y me hace entrever un porvenir rosado, Paciano Galán vendrá esta tarde a la junta de acreedores a decir dos palabras. Ni una palabra más. Labora y confía. Hasta luego. (Se va por la izquierda.)

ACIS. (Viéndole marchar.) Los hay canelos; pero este tío... este tío es rubio casi albino. ¿Habrá ladrón? El desengaño que se va a llevar don Ceferino cuando yo le diga que su amigo del alma... (Suenan dentro dos golpes.) ¿Eh...? ¿Será él? (Queda escuchando.) Falta el repique. (Suenan unos cuantos golpecitos seguidos.) ¡El amo! ¿Qué habrá hecho en estos quince días? (Se va por el foro.)

(Por la derecha entran en escena PALOMA y VÁZQUEZ. Paloma, que es una estupenda y guapísima madrileña, viene apuradísima, casi gimoteando. Vázquez, joven y andaluz, habla a gritos y rebosando indignación.)

VÁZ. ¡Que yo cobro y na más!

PAL Pero ..

VÁZ. ¡Está tó hablao! Yo gano er pan representando en Madrí la fábrica de paños de Sevilla y cobro por encima der mundo. Aquí hay que pagá o viene el juez y se lleva hasta los tornillos de las camas.

PAL. Pero si es que mi marido...

VÁZ. A mí me importa un pito que su marío esté o no esté. Usté paga o dejo yo de llamarme Currito Vázquez.

PAL. ¡Por Dios, Currito!

VÁZ. ¡Na e Currito! Hoy mismo escribo a Sevilla diciendo que son ustedes unos tramposos. (Comiéndosela con los ojos.)—¡Carnes de mis carnes, vaya jembra que está usté, arma mía, Josú qué mujé!—son setecientas veinticinco pesetas y luego vendré yo con los otros acreedores. ¿Que ha venido su marido? Apoquina su marido. ¿Que no ha venío? Apoquina usté.

PAL. (Llorando.) ¡Ay, señor Vázquez!

VÁZ. ¡Ole ahí las lagrimitas como perlas pa engarsarlas en er collá de la Virgen de los Reyes!

PAL. (Llorando.) ¡Ay, muchas gracias!

VÁZ. ¡Esas son las que tiene usté, madre de mis ojos!... (Muy indignado.) ¡Vamos, hombre! ¡Desde er mes de Abrí! ¡Pues de hoy no pasa!... ¡A mí!... ¡¡A mí!! ¡Tomarme el pelo a mí!... —¡Vaya unos andares de barco de pesca! ¡Josú: me ponía a pegarle bocaos a usté hasta que me diera un cólico! ¿Pero usté se crée que la fábrica de paños de Sevilla, Pérez García Fernández y Compañía, fundá en 1870, casi cuando los moros, está pa que el sinvergüenza de su marío de usté diga: venga tela, pa pagarla cuando las ranas se peinen a lo arfonsino? ¡¡Señora!!... ¡Señora, qué guapísima es usté, surtana de Madrí!—¡Estaría güeno! Y no hay más que hablá. ¡Setecientas veinticinco pesetas, una sobre otra, esta tarde a las tres! ¡Y en un giro... pun, a Sevilla! Y le van ustedes a pedí paño a los catalanes. Eso es. Y no digo más. ¡Hasta luego, tramposa!... ¡Juy qué bonita!... (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡A mí! ¡En seguía! (Como si la mordiera.) ¡Aum!... ¡mardita sea!... (Se va.)

PAL. Esto es para volverse loca.

ACIS. (Asomando la cabeza por la puerta del foro.) ¡Doña Paloma!

PAL. ¿Eh?

ACIS. (Con mucho misterio.) ¡Que está aquí!

PAL. (Temblorosa.) ¿Quién?

ACIS. ¡Don Ceferino!

PAL. ¡Dios mío!

ACIS. Hágase usté el ánimo a verlo muy raro porque se ha afeitao la barba.

PAL. (Al ver a Ceferino en la puerta del foro, da un grito.) ¡Ah!

CEF. (Abrazándola.) No te asustes tú, Paloma...

PAL. ¡Ceferino!...

CEF. Cierra las puertas, Acisclo. (Acisclo obedece.) ¡Palomilla!... Deja que tu esposo ante Dios y ante los hombres te estreche conmovido. Paloma, eres un mirlo blanco. ¿Qué digo un mirlo blanco? ¡Eres un tío!

PAL. ¿Un tío?

CEF. Es lo que se dice cuando una persona hace las cosas superiormente; y como no está bien feminizar al epíteto, te lo aplico masculinizado. Ya sé por Acisclo todo lo ocurrido aquí durante mi ausencia: sé los malos ratos que has pasado y todo lo que has hecho por mí: esta lágrima que me enjugo es de agradecimiento.

PAL. Estás muy raro sin barba, Ceferino, pero has hecho bien en afeitarte: te buscan, te persiguen.

CEF. Ya lo sé.

PAL. ¿Y esa ropa que traes?... ¿De dónde has sacado esa ropa?

CEF. Ya te contaré, porque con lo que me ha ocurrido en estos quince días podría hacerse una película de mil metros con doble ancho. Verás. Cuando me separé de ti el miércoles de Ceniza y crucé Madrid vestido de oso para que nadie me conociera, decidí trasladarme a Valdemorillo para ver si mi tío Eleuterio me prestaba nueve o diez mil pesetas. Como tomar el tren era imposible, por lo que sabes, pesqué la carretera y de un tirón me planté en el Escorial. Era ya jueves cuando llegué al pueblo y mi presencia produjo la natural consternación entre el vecindario pues corrieron la voz

de que yo era un oso de verdad. ¡Fatalidades!

ACIS. ¡Hay que ver!

PAL. ¿Y qué hiciste?

CEF. Tomé el partido de arrojar la cabeza y esconderme; un mozo la cogió y corrió con la cabeza en la mano a deshacer el equívoco. A poco el vecindario se rehizo y presencié cómo le dieron lo suyo a un chaufer muy vestidito de pieles que acababa de llegar. El pobre hombre gritaba: «¡mi cabeza, mi cabeza!» La gente decía: «¡te la hemos quitado!» y él replicaba: «¡no; que me la vais a quitar!...» ¡Infeliz! Escarmentado en cabeza ajena tiré el disfraz a un pozo y entonces empezó mi calvario, Paloma. ¡Qué frío! Se me agudizó el reuma y a los cinco minutos estaba que no podía moverme. ¡Qué días he pasado! Me dí una fricción de alcohol alcanforado y... naranjas de la China; otra fricción de bálsamo de ranas... y cacahuetes de Valencia. Alguien, compadecido de mí, me dijo que había en el Escorial una joven que padecía de reuma y que se daba una fricción de no sabían qué y que se aliviaba muchísimo. Como pude fuí a visitarla, porque anhelaba saber de qué se daba la fricción. (Llorando.) ¡Si me hubieras visto sollozando y preguntándole: ¡Niña! ¿de qué te la das?» hubieras derramado lágrimas como melocotones.

PAL. ¿Y de qué se la daba?

CEF. Se la daba de artrítica para quedarse en casa y hablar con un vecino. Un martingala amoroso, vodevillesco.

PAL. ¿Y pudiste ir a Valdemorillo?

CEF. Sí; hace dos días; pero, nada. Mi tío Eleuterio me negó hasta el saludo.

PAL. ¡Canalla!

CEF. Emprendí el regreso a campo atraviesa y ahí cerca, en Las Matas... ¡qué horror!

ACIS. ¿Eh?

PAL. ¿Te ha sucedido algo?

CEF. A mí no, pero... ¡Qué espanto!

PAL. Habla: me tienes inquieta.

CEF. Verás: junto a la vía del ferrocarril había un sujeto melenudo, melancólico, de aspecto romántico, que sentado en una piedra

suspiraba de vez en vez y trazaba con una varita, un nombre en la tierra. Me intrigó el de fijo desdeñado amante, y me acerqué con ánimos de leer el nombre de la ingrata. Primero una V. ¿Iba a escribir «*Vernarda?*» Después una i; Vi. Seguramente «*Vienvenida*»; luego otra V. Viv; «*Viviana* de fijo. Luego una a; Viva. ¿Viva qué? Me hice un lío; cerré los ojos y al abrirlos leí: «Viva Belmonte.» Por poco le doy un capón.

ACIS. Era un chusco, ¿no?

CEF. No: era un infortunado. Aquello lo había escrito inconscientemente. Hablé con él y me aterré. Aquel hombre aguardaba el paso del tren para p ner término a su existencia.

PAL. ¡Jesús!

ACIS. ¿Y se mató?

CEF. Sí. ¡Pobre Cándido Boldún!... Así se llamaba. Cuando notó que el convoy estaba cerca, se puso de pie; yo intenté sujetarle: no pude, era más fuerte que yo: le así de la americana en un último esfuerzo, pero él se safó dejándome la americana entre las manos y diciéndome: ahí entre mis documentos hay una carta para el juez... ¡Qué horror!... Un momento después Cándido Boldún era una masa informe... ¡Ni cara, ni facciones... ni cuerpo ..! ¡Me lo apapilló el convoy!

PAL. ¡Dios mío!

ACIS. ¡Vaya un traguito!

CEF. El tren no paró hasta pasao la curva y a mí entre tanto me asaltó una idea policíaca. Si yo tenía que huir de España, los documentos de Cándido Boldún podían serme útiles; si me convenía desaparecer podía convenir me que alguien sospechara que el suicida era yo: me quité mi chaqueta, no dejé en ella ningún documento, me puse la americana del suicida, huí y vi desde lejos, que acudió gente, que recogían al infeliz Boldún que lo cubrían con mi chaqueta y que lo trasportaban al tren. Acaso daba aún señales de vida.

ACIS. ¡Qué tragedia!

PAL. ¡Virgen santa!

ACIS. (Por el brazo.) Mire usted cómo tengo el vello.

PAL. ¿Entonces nadie sabe quién es el suicida?

CEF. Si yo no entrego esta carta al Juez... Y no la entregaré, no; porque a juzgar por lo que Acisclo me ha contado puede que me convenga que acudan ustedes al depósito, reconozcan por lo menos mi americana y flote en el aire la sospecha de que el suicida soy yo. Así dejará de buscarme la policía y mi amigo Paciano, en recuerdo a la amistad que nos unió desde la infancia, pagará mis deudas y enjugará las lágrimas de la compañera de su amigo del alma. No me explico cómo no lo ha hecho ya.

ACIS. Señor Ceferino, ese hombre no soltará un «leandro» hasta que no sepa que está usted bien muerto.

CEF. ¿Eh? ¿Por qué?

ACIS. Porque.. yo no quisiera decírselo porqu va a ser para usted un golpe que puede que le doliera a usted menos el que le dieran con un lingote en el cerviguillo.

CEF. ¿Qué quieres decir, Acisclo?

ACIS. Que el señor Paciano está enamorao de la señora Paloma.

CEF. ¡Mientes!

ACIS. Que es un sinvergüenza.

CEF. ¡Acisclo!... Insúltame a mí, béfame, motéjame, escarnéceme, pero al señor Paciano, ponle en un altar y enciéndele.

PAL. El pelo.

CEF. ¡Paloma!

PAL. No seas infeliz, Ceferino: el señor Paciano es un sinvergüenza como hay muchos A ti, pué que te quiera, pero a quien no hay duda que quiere es a mí y de mala manera que es lo peor.

CEF. No; eso tendría yo que verlo pa creerlo. Puede que él te quiera como hermana y tú confundas los conceptos efusivistas, Paloma.

PAL. ¡Qué voy a confundir! Ni que fuera yo tonta.

CEF. Es que... (Suenan unos golpecitos en la puerta de la izquierda,)

ACIS. (Bajando la voz.) Ahí lo tiene usted.

CEF. Pues he de verlo por mis ojos. Espera. (Se dirige a uno de los maniquíes y le quita el impermeable.)

PAL. ¿Qué vas a hacer?

CEF. (A Acisclo.) Llévate eso y no comparezcas. (Se coloca en el lugar que ocupaba el maniquí, después de ponerse el impermeable y calarse la capucha.) Abre y llórale.

ACIS. (Haciendo mutis con el maniquí por la derecha.) (¡Desgraciao!) (Vase.)

PAL. (Indecisa.) Pero...

CEF. Abre y llórale.

(Paloma obedece y entra en escena PACIANO.)

PAC. Buenas tardes, Paloma.

PAL. (Tristemente.) Buenas tardes, Paciano. (Se seca los ojos)

PAC. (Adelanta cimbreándose de puro guapo.) Si pa desemperrarla a usté fuera preciso que un servidor arrancara los coralitos de la mar ya me estaba yo escafandrando

CEF. (¡Mi abuela! ¡Viene acuático!)

PAL. Gracias, Paciano.

PAC. Por lo que columbro no se ha dao a luz el señor Ceferino.

PAL. No, señor.

PAC. Ese está ya en las Pampas. Y habría pa darle en el colodrillo con un palásan, porque hay que ver la faenita: dejarla a usted en la flor de la vida embargá moral y judicialmente y con treinta y cuatro ingleses, que son treinta y cuatro tanques.

PAL. ¿Treinta y cuatro? Por mi lista son treinta y tres. El de Sevilla, los diez de Barcelona, los cuatro de Valencia...

PAC. Ya son quince...

PAL. Los doce de Béjar...

PAC. Veintisiete.

PAL. Usted veintiocho.

PAC. Hombre, yo...

PAL. Usted veintiocho... (Contando con los dedos.) Ruiz, Martínez, Durán y López, treinta y dos y Goyanes, treinta y tres.

PAC. ¿Y Colón?

PAL. Es verdad.

PAC. Colón, treinta y cuatro y no es cuplé. Llevo yo muy bien la cuenta, Palomita. Pero en fin, sean treinta y tres o treinta y cuatro, el caso es que su marido de usted... ¿Me permite usted que le moteje?

PAL. Moteje.

PAC. Pues es un sinvergüenza. (El impermeable que oculta a Ceferino se estremece.)

PAL. ¡Señor Paciano!

PAC. ¡Un sinvergüenza! ¿O es que usted se cree que marcharse, por lo visto, para in sécula, y dejarse aquí como pirnorá a la señora, es ejercitar una de las seis virtudes teologales? ¿De dónde? Pero, ¿de cuándo? ¡Le daba así! ¡Un sinvergüenza!

PAL. Señor Paciano, que van tres.

PAC. Y trescienta mil. Coge uno a un loro: le enseña a uno a decir ¡sinvergüenza!, se lía el animalito a repetirle hasta su fallecimiento, que hay loro que vive cuatrocientos años, y si se va a medir, tiene una cuarta más su esposo. ¡Si lo sabré yo que soy su amigo del alma!

CEF. (¡Sí que es un amigo!)

PAC. Ceferino ha sido siempre un tramposo de mal arate y un canallita y un punto.

PAL. ¡Señor Paciano!....

PAC. Vamos, hombre, que yo no puedo consentir que esté usted lacrimosa por un hombre que está ya en las Pampas y sabe Dios con quién.

PAL. ¿Eh?

PAC. Porque él no se ha ido solo. ¡Quiá! El se ha llevao a la Matilde o a la Pepa o a cualquiera de las que tenía al retortero.

PAL. ¿Pero él?...

PAC. Un mujeriego descosido, Paloma; un hombre que ve unas faldas colgás, (Tirándose de las solapas muy marchoso.) y hace así.

PAL. (Escamada.) ¿Ah, sí? (Mira hacia donde está Ceferino y éste le dice que no con la mano.)

CEF. (¡Señores, que tío cínico!)

PAC. Hacer eso con una mujer como usted, ante la cual tiene uno que quitarse el sombrero... (Quitándoselo.) y usted perdone que no lo haya hecho antes. (Busca con la vista dónde poner el sombrero y no encontrando sitio mejor, se lo pone a Ceferino sobre la capucha.) ¡Con usted, Paloma! (Ceferino tira el sombrero.) ¡Caray! (Coge el sombrero del suelo y se lo vuelve a poner a Ceferino.) Con usted, que es la quinta esencia de lo ultra mujeril. ¡Un sinvergüenza! (Ceferino se quita de encima el sombrero y se lo coloca al maniquí que no tiene impermeable.)

PAL. Me deja usted helá, señor Paciano. ¿De manera que mi marido...?

PAC. ¡Anda! Pero si tiene fama en Madrid. Si en cuanto divisa a una joven que va corta de zócalo, pone unos ojos de carnero que dan lástima. Con decirle a usted que le llaman el tobillerómano. (Ceferino vuelve a decir que no.)

PAL ¿Y eso qué quiere decir?

PAC. ¿Tobillerómano? Pues que le echa mano a las tobilleras.

PAL. ¡Caramba!

PAC Y cuidao que yo he tratao de convencerle, pero sí, sí. Las veces que me ha dicho... Paciano; abandona el tobillerismo que te la vas a ganar... digo, no; él era quien me decía a mí... digo, yo soy el que le digo a él... (Me he colao.)

CEF. (¡Le voy a dar un golpe!)

PAC. ¡Haberse ido a las Pampas con la Pepa!...

PAL. No, Paciano, no: yo creo otra cosa. Ceferino salió de aquí el Miércoles de Ceniza con el propósito de trasladarse a pie y a campo atraviesa hasta Valdemorillo a ver si su tío le prestaba algún dinero...

PAC. (Preocupadísimo,) Caramba, Palomita: no me diga usted eso ni en broma.

PAL. ¿Eh?

PAC. A campo atraviesa.. quince días sin noticias.. el tiempo crudo... él delicado... ¡Me da frío, Paloma!

PAL. ¿Se figura usted. .?

PAC. Me pongo en todo y nada más. Las pulmonías no avisan... el cierzo es mal amigo y...

PAL. ¡Por Dios, Paciano!

PAC. ¡Pobre Ceferino! Además, que no es eso solo. A saber, digo yo, es un decir, sin ánimos de chinchar, si algún malhechor le ha hecho albondiguillas y lo ha tirao a un barranco y está usted derramando perlas por una utopia.

PAL. ¡No diga usted eso!

PAC. Para todo hay gente en el mundo. No crea usted que esa sospecha mía ultratúmbica es ninguna idiotez. Aquí desaparece la gente que es un gusto.

PAL. Pero algo hubieran dicho los periódicos.

PAC. O no Ya ve usted lo que sucede con ese caballero a quien buscan por medio de anuncios pa entregarle dos millones de pesos.

PAL. No sé. No estoy enterada..

PAC. Yo lo sé por mi primo Lucas, el anticuario, que está pendiente de que aparezca o no ese sujeto, porque si no aparece hace un negocio con seis Grecos que posee, que vamos, se va a hinchar.

PAL. ¿Pero qué es lo que sucede?

PAC. Nada; que andan buscando a un tío que no tiene más que presentarse y enseñar sus documentos y le entregan dos millones de pesos chilenos.

PAL. ¿Y no se ha presentado?

PAC. No se ha presentado.

PAL. ¿Pero vivía en Madrid?

PAC. Se ignora. Lo único que se sabe de él es que es un gran poeta y que se llama Cándido Boldún. (Al oir Ceferino este nombre, se deja caer sentado sobre una silla que habrá cerca de él.)

PAL. (Sofocando un grito.) ¡Ah! (Paciano intenta volver la cara hacia donde está Ceferino, atraído por el ruido, pero Paloma se lo impide arrojándose sobre él.) ¡Ay, señor Paciano!

PAC. (Extrañado.) ¿Eh? (Intenta volver la cara de nuevo.)

PAL. (Impidiéndole volver la cara, como antes.) ¡Ay, señor Paciano!

PAC. ¡Palomita...!

PAL. (Muy nerviosa e indicándole con la mano a Ceferino que se levante.) ¡Usted sabe algo de mi marido y me lo oculta.

PAC. No.

PAL. Sí. Esta mañana he tenido yo un negro presentimiento. Me decía yo a mí misma: Paloma: ¿no te sientes...? (Muy gritado hacia Ceferino.) ¡¡No te sientes!!...

PAC. Vamos, Paloma. (Intenta volver la cara.)

PAL. (Impidiéndoselo de nuevo.) ¡Paciano!

PAC. ¡Caray!

PAL. Usted me ha contado la desaparición de ese hombre para prepararme el ánimo, para levantar mi espíritu...

PAC. ¡No!

PAL. ¡Sí! Y yo quiero que mi espíritu se levante. (Hacia Ceferino.) ¡Levántate!... ¡Levántate, alma mía! (¡Ay, que no se mueve!)

CEF. (¡Dos millones... y chilenos! ¡Resudamérica, qué calambres!)

PAC. Paloma: yo le juro a usted que no sé nada de Ceferino. Ojalá supiera donde está porque me gustaría mortificarle la epidermis.

No está bien que por su culpa llueva sobre usted la desgracia ¡Que llueva sobre él, aunque creo que la lluvia no le molestaría gran cosa! (Tétrico.) ¡Debe haber palmado!

PAL. ¡Señor Paciano! (Mirando horrorizada a Ceferino que no se mueve.) ¡Ay, señor Paciano!

PAC. Y si ha muerto, Paloma...

PAL. ¡Qué!

PAC. Usted no es miope y habrá comprendido el por qué de mi amistad con Ceferino. ¡Yo la amo a usted! (Ceferino pega un bote y se pone de pie.)

PAL. (Respirando.) ¡Ay, ya!

PAC. ¡Sí, ya! De dinero tengo un porción; de salud, plétora; de figura, línea; de vista, un águila; de ropa... medio Aguila Soy libre y tengo un corazón de grande, que no me puedo apretar el cinturón porque me lo oprimo. Compare usted estas prendas con las del pobre sinvergüenza, con las del difunto canalla y lejos de llorar por él, sonría usted ante este oasis que se llama Paciano Galán.

CEF. (Anda: pa que te fíes de los amigos.)

PAL. Déjeme usted, señor Paciano: se lo suplico. Sin saber si soy o no libre, no debo escuchar sus proposiciones.

PAC. (Abrazándola.) Es que mis proposiciones son tentadoras.

PAL. (Dejándose abrazar.) Ya lo creo.

PAC. ¡Paloma!

PAL. (¿Conque tobillerista, eh? Ahora verás.) (Dejándose achuchar más de la cuenta.) ¡Pacianito! (Breve pausa solemne. Pasa el amor.)

CEF. (Bueno: menos mal que estoy impermeabilizado.)

PAC. Esa esperanza me vuelve loco, Paloma. Yo indagaré; yo sabré lo que ha sido de Ceferino, cueste lo que cueste y si no vive...

PAL. Le suplico que me deje ahora, Pacianito...

CEF. Yo debía salir pegando tiros. Pero, ¿y si se asustan?

PAL. Necesito estar sola, necesito llorar...

PAC. En el tupi de ahí enfrente estoy. Dentro de un rato, cuando se reuna aquí la junta de acreedores, vendré a presidirla Hasta luego... Paloma.

PAL. Hasta siempre... Paciano.

PAC. (Coge el sombrero y le extraña el sitio donde está

colocado. Mirando alternativamente al impermeable y al maniquí.) Juraría yo que le puse... ¿Pero este sombrero tiene alas?

CEF. (¡Naturalmente!)

PAC. En fin... (A Paloma.) No me olvide Considere usted que soy, si vive, y he sido, si ha muerto, el amigo del alma de su esposo.

PAL. Ya, ya...

PAC. Y que los amigos son pa las ocasiones. (Dándole la mano.) Paloma, (En son de piropo recalcitrante.) es usted una paloma. ¡Paloma! (Le vuelve la espalda y se va contoneándose.)

CEF. (Ahí va un cazador.)

PAL. (En un suspiro y muy quedamente.) ¡Paciano!

PAC. (Haciendo mutis sin volver la cara.) Tiene un plomo en la pechuga. ¡Es que donde pongo el ojo, catafalquiqueo! (Mutis.)

PAL. (Cierra la puerta y se fija en Ceferino que no se mueve.) Con esta prueba de amistad este hombre debe haberse vuelto loco. ¡Ay, que no se mueve!) Llamándole desde lejos muy bajito y con mucho susto.) ¡Ceferino! ¡Ceferino! (Ceferino se echa atrás la capucha.) ¡¡Ay, qué cara!!

CEF. (Tétrico.) No te asustes. que no he perdido los papeles. (Muy nervioso.) ¿Dónde está mi sombrero? ¡Pronto!

PAL. (Asustada.) ¡Ceferino!

ACIS. (Que ha entrado en escena por la derecha.) ¡Don Ceferino!

PAL. (Al ver que Ceferino se echa mano al bolsillo de la americana.) ¡No te pierdas!

CEF. (Dándole un empujón.) ¡Qué me voy yo a perder! (Echando sus cuentas como alucinado.) ¡Dos millones... yo me presento... aquí está ese... y nada, catapón. Pom, tiro de documentos, pim, pam, firmo, cobro y pum!

ACIS. (¡Es una ametralladora!)

PAL. (Asustada.) ¡Ay, Dios mío, que habla solo!

CEF. Bueno, Palomilla, dime qué marca de automóvil es la que más te gusta.

PAL. (Agarrándose a Acisclo.) ¡Loco! ¡Ay, qué miedo!

CEF. Claro que para esto yo necesito... Para esto y para lo otro; porque ese miserable de Paciano .. ¡Vamos; ese me las paga!

PAL. (A Acisclo.) ¡Ay, no, sujétalo!

CEF. ¡Las deudas, mujer! Que me las paga es viejo. ¿Qué viejo? ¡¡Legendario!! ¡¡Prehistórico!!

PAL. ¡Eh!

CEF. (Imponiendo silencio.) ¡Chits!

PAL.
ACIS. } (Retrocediendo.) ¡Ay!

CEF. Oidme con calma, porque no hay tiempo que perder. Yo tengo en mi poder los documentos de Cándido Boldún, el pobre suicida, el heredero de ese acaparamiento de perras gordas.

ACIS (Comprendiendo.) ¡Caray!

PAL. (Idem.) Verdá que tú dijiste...

CEF. (Imponiendo silencio, rápidamente, enérgicamente, como antes.) ¡Chist! Cándido Boldún soy yo.

ACIS. Pero oiga usté, ¿no era poeta?...

CEF. Es verdad. Me compro *El tren expreso,* de Campoamor, y con unos chez, amigazo y qué esperanza, lo traduzco al chileno y en paz. (Recitando enfáticamente.)

«Al arrancar al tren, subió a mi coche.
Qué esperanza, le digo a usted, amigazo.
¡Pelmazo!
Seguida de una anciana.
¡Qué banana!

(Latiguilleando.)

Una joven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa;
digna de ser morena y sevillana.
¿Qué me cuenta, ché?»

¡Cándido Boldún soy yo!

PAL. Pero...

CEF. ¡¡Chits!! Yo necesito cobrar esos dos millones y necesito castigar la traición de ese canalla de Paciano. ¡Bandido!

PAL. Pero escucha: ¿eso que ha dicho de la Paca y de la Pepa?...

CEF. ¡Calumnias! El tobillerómano y el jamonómano es él. ¡El! «¡Si lo sabré yo, que soy su amigo del alma!» Pero, en fin, a lo que íbamos: Acisclo, ahora mismo te vas ahí enfrente, al tupi, recoges al señor Paciano, te llegas con él al Depósito judicial, examinas el saldo de fallecidos, te fijas en uno que no hay quien lo conozca, porque está laminao; gritas: ¡El!... ¡Mi amo!... ¡Sí!... ¡La ropa que llevaba!... ¡Su americana!... ¡¡Ay!! Sincopeas, lloras, te retuerces, das mi nombre

y domicilio, encargas un sepelio modesto y suplicas al señor Paciano que prepare a ésta para recibir el golpe.

ACIS Sí, señor.

PAL. Si lo haces bien, amén de otras dádivas, te concedo, desde el año que viene... la jornada de ocho horas

ACIS. Sí, señor. (Medio mutis.)

CEF. ¡Ah! Mientras yo no te diga lo contrario... he muerto. ¿Estamos?

ACIS. Sí, señor.

CEF. Veas lo que veas y pase lo que pase.

ACIS. Sí, señor.

CEF. Vuela.

ACIS. Sí, señor. (Mutis por la izquierda.)

PAL. Pero, Ceferino, ¿es que te propones?...

CEF. Me propongo que ese sinvergüenza, creyéndote libre, aspire a tu mano y pague nuestras deudas, porque tú le impondrás esa condición. Y como la viuda no puede casarse hasta pasados diez meses de la muerte del marido, pues yo tengo ese margen, para arreglar el otro asunto, el de la herencia. ¿Que logro echar mano a los dos millones de Boldún? Pues levantamos el vuelo y allá Paciano con la tienda. ¿Que no puedo atrapar la herencia? Pues cuando aquí esté todo al corriente, yo me presento, vengo del otro mundo. ¡Paloma! ¡Ceferino! ¡Tú! ¡Sí! ¡Ah... gracias, amigo del alma, gracias, Paciano! Y Paciano que hace el primo, que, vamos, le sacan en viñetas.

PAC. Sí, sí; para ti todo es muy sencillo, pero la que tiene que lidiar el toro soy yo, y.. ¡caramba! No es tan fácil... Yo tengo que simular afecto a Paciano.

CEF. ¡Claro!

PAL. Paciano, como has visto, es un hombre muy... muy tentador.

CEF. ¿Eh? ¿Pero es que a ti te gusta? ¡Paloma!

PAL. Digo tentador, en el sentido de manos largas... y... vamos, es muy desagradable que...

CEF. ¡Paloma! Yo tengo plena confianza en ti; yo sé que tú eres una mujer incapaz de faltar a tus deberes; yo sé que antes de engañarme te dejarías matar.

PAL. Sí, Ceferino, sí; pero no te fíes.

CEF. ¡¡Paloma!!

PAL. Digo que no te fíes de la gente. A lo mejor te van con un cuento chino a Chile...

CEF. ¡Ah! ¿Pero crees tú que voy yo a estar lejos de aquí? ¿Que no voy a ver lo que sucede en mi casa? ¡Vamos, quita! Yo andaré por ahí y con cada ojo como una lupa. ¡Pues no tuviera más que ver! Ya hablaremos de eso. Ahora mira si hay alguien en el portal porque quiero salir. Necesito adquirir detalles acerca de la herencia.

PAL. Sí, vete cuanto antes porque dentro de un rato vendrán los acreedores y volverá Paciano.

CEF. Pues, hala, observa. (Paloma se va por la puerta del foro.) ¡Pobre Boldún! ¡Quién había de decirme!.. (La puerta de la izquierda comienza a abrirse poco a poco.) ¿Eh? ¡Caray! (Se cala la capucha y queda en actitud de maniquí.)

(Sigilosamente entran en escena VENANCIA y BAUDILIA. Ambas de mantón y no muy bien trajeadas. Venancia es muy guapetona. Las dos muy chulas.)

VEN. Chits... Cierra y entrecorta la respiración.

BAUD. (Cerrando.) Venancia, ¡por tus legítimos, explícame!...

VEN. ¿No te lo dije, so panoli? Nadie. ¡Si el dependiente entró en el tupi tó lloroso y le dijo a un señor que había allí que le acompañara, porque creía que su principal se había suicidao.

BAUD. ¡Atiza!

VEN. Figúrate: estas son las ocasiones que hay que aprovechar. La mujer estará en un rincón hecha un ovillo y el campo es nuestro.

BAUD. ¿Qué nos llevamos, tú?

VEN. Algo que se pueda piznorar sin que choque.

BAUD. ¿Te apetecen estos impermeables?

VEN. No están mal. Pué que dén veinticinco locas por cada.

BAUD. Pues si te parece, los adquiriremos.

VEN. Espera. Hay que cogerlos con cuidao, como la que examina la mercancía, porque a lo mejor sale alguien.. Además, hay que procurar no tirar el maniquí porque hace ruido y... (Le quita a Ceferino la capucha.)

CEF. (Asustándola.) ¡Fú, fú!

VEN. ¡Ah!

CEF. ¡Aquí es al contado! (Venancia y Baudilia del susto no pueden gritar. Se quedan horrorizadas y con

la boca abierta.) Conque robando, ¿eh? Pues de aquí no sale usted. (La sujeta por los brazos.)

VEN. ¡Ay, suelteme usted!

PAL. (Entrando en escena por el foro.) ¿Qué es eso?

VEN. ¡Suélteme usted!

CEF. Que no, rica mía... ¡preciosa!... ¡encanto!... ¡chata de mi alma!...

PAL. ¡¡Ceferino!!

BAUD. ¡Vaya con el hombre!. . ¡Tan feo y tan sobón!

CEF. (Soltando a Venancia.) ¡¡Señora!!

VEN. (Pescando la puerta de la izquierda.) ¡Pues, hija, vaya un sátiro! (Mutis.)

BAUD. (Idem.) Nos ha fastidiao el tío magrista. (Mutis.)

CEF. ¡Mi madre! Pues se han ido.

PAL. ¿Qué querías tú que hicieran las pobres?

CEF. ¿Eh?

PAL. Parece mentira que en tu misma casa y en mis propias narices hagas lo que has hecho.

CEF. Paloma, no te remontes, que estás equivocada. Esas dos pájaras, Paloma, venían a...

PAL. ¡Jamonómano!

CEF. Pero tú no t'has fijao en la que yo tenía atarazada, Paloma. Era una ladrona...

PAL. ¿Pero la vas a piropear delante de mí?

CEF. ¡Mi abuela! ¿Pero es que tú te has creído?...

PAL. Y a mí, óyelo bien... ¡Me las pagas!

CEF. (Atisbando hacia la izquierda.) ¡Caray! Escolano y Basilio... ¿Hay gente en el portal?

PAL. Sí; ocúltate en el comedor.

CEF. Voy (Dirigiéndose a la puerta de la derecha.) Escucha, Paloma, que yo soy incapaz de...

PAL. ¡Vete! (Desaparece Ceferino por la derecha.) (No; pues como sea verdad que eres un mujeriego y que me la has pegao, vas a sudar «yecla». ¡Ya lo creo!) (Por la izquierda entran en escena ESCOLANO y BASILIO; dos tíos bastante achulados y pretenciosos.) (¡Qué dos hombres tan antipáticos!) Muy buenas.

ESC. ¡Pschs!... Buenas ná más.

BAS. (Aparte a Escolano.) No olvides lo que nos suplicó el amigo Paciano.

ESC. A saber.

BAS. Lo del marido de ésta, hombre: que desageráramos que era un feminófilo. ¿No caes?

ESC. Caído. Y con las ganas que le tengo yo a Ceferino, ¡figúrate!

PAL. Pueden sentarse si gustan. Los otros acreedores no tardarán.

BAS. (Sentándose.) Un volquete de mérsis.

ESC. (Idem.) Dos más.

PAL. (¡Pero qué dos tíos!)

BAS. Su señor esposo prosigue de juerga, ¿eh?

PAL. ¿De juerga?

ESC. ¡Claro! Nos querrán hacer creer que ha desaparecido.

BAS. ¡Sí, que sí!

ESC. Ese anda por ahí con la Ketty gastándose el dinero de los demás.

PAL. ¿Conque Ketty?

ESC. Con la hija de ese inglés. Ese que le llaman el Tafetán por lo que se pega.

(Paloma mira hacia la puerta de la derecha.)

BAS. Estás tú bueno de noticias. Eso de la Ketty pasó ya a la historia. Ahora calavereaba con esa rubia caderuda que la dicen... bueno: que la dicen la Goiconda; ya usté me entiende.

(Paloma vuelve a mirar hacia la puerta de la derecha.)

ESC. Más le valiera pagar lo que debe, que no andar por ahí haciendo el ridí.

PAL. (¡Y yo en el Limbo!)

ESC. Caray, pues no viene nadie, tú.

BAS. Sí. Ahí tienes al andaluz.

VÁZ. (Entrando por la izquierda y dando las manos a Escolano y a Basilio.) Hola, señores. Buenas tardes. (A Paloma.) ¡Ya llegó la hora! Reina!

(Se oyen dentro, en el foro, las voces de PACIANO y ACISCLO y entran los dos precipitadamente y alterados.)

TODOS ¿Eh?

ACIS. Señor Paciano.

PAC. (Aparte a Acisclo.) Confía en mi talento; la prepararé por medio de indirectas.

PAL. ¿Qué sucede?

PAC. Nada, Paloma, no se asuste. Por lo que voy a decir a estos amigos, podrá suponerlo. Señores: no tienen ustedes que hacer aquí absolutamente nada. Paciano Galán corre con las deudas de este establecimiento como si fueran propias.

PAL. ¡¡Paciano!!

PAC. ¡Calma! (A los demás.) Mañana de once a una en mi casa, Burgos Mazo 14, se liquida. Díganlo a los demás acreedores.

PAL. ¿Pero qué es eso? ¿Ceferino?...

PAC. Nada, no se asuste, no le ha ocurrido nada. (Alto a Acisclo.) Acisclo: llégate a lo del sepelio y ya sabes, coche a la media «Dumonte» y hoyo de pago.

ACIS. Sí, señor. (Se va por la izquierda.)

PAL. ¡Dios mío!...

PAC. Le repito que no se asuste. Puede que no sea nada. Pero... llore usted, Paloma, llore usted en mis brazos.

PAL. ¡Paciano de mi alma! (Se abraza a él gimoteando.) (¡Anda! ¡Toma Gioconda!)

BAS. ¡Pobre hombre. Siento ahora haberlo calumniao delante de su mujer. (Dándole la mano a Paloma, muy compungido y en son de pésame.) Señora, no le digo nada.

ESC. (Idem.) ¡Lo mismo digo! (Se va con Basilio por la izquierda.)

VÁZ (A Paloma.) Reciba usté, señora, mi más sentido pésame. Resignación, y vaya... ¡vaya una viuda, s'entrañas mías! ¡Josú! (Le da la mano.)

PAL. (Llorando y dándole la mano.) ¡Amigo Vázquez!...

VÁZ. Conformidá. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡La pobre, claro, tiene una pena...! ¡Y tiene un bocao...! (Vase.)

PAL. ¡Paciano!

PAC. Sí, se ha hecho justicia, Paloma Ha querido castigar sus culpas... y se ha matao. Lo siento; a pesar de lo que hacía con usté, lo siento Era mi amigo del alma.

PAL. ¿Pero tan mal se portaba conmigo?

PAC. Sí, Paloma No hablemos de eso.

PAL. Infeliz de mí. Voy a cerrar la tienda.

PAC. Ciérrela usted y enjúguese. Ceferino ha muerto, pero aquí está Paciano Galán, que será para usté... un terranova.

PAL. Gracias, Paciano; muchas gracias. (Se va pausadamente por la puerta de la izquierda.)

PAC. Tengo escalofríos. He calumniado vilmente a Ceferino, que fué siempre un hermano para mí. Me estremezco pensando que no ayudándole yo fuí quien le empujó al suicidio. Y encima... Bueno, si hay otra vida, que yo creo que la hay, a estas horas verá Ceferino con luz meridiana que si hay sinvergüenzas en el mundo, la copa del campeonato es pa mí. ¡Bonito humor tendrás

viendo lo que pasa aquí abajo, Ceferino! Nada, que me dan calambres.

CEF. (Entrando por la derecha sigilosamente y deslizándose hacia el foro.) Tengo que salir forzosamente. (Por Paciano.) ¡Ah, primo! Te vas a caer.

PAC. (Mirando por el espejo y temblando.) (¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Una sombra? ¿Su sombra?)

CEF. (Caray, que me ha visto) (Con voz lúgubre, como de ultratumba.) ¡Pacianoooó!...

PAC. ¡¡Ah!! (Cae al suelo muerto de miedo.)

CEF. (Haciendo mutis por el foro.) ¡Te has caído! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero, pero a todo lujo. Los muebles son otros, y otros también, y en mayor cantidad, los maniquíes. No han de faltar dos de estos con los consabidos impermeables. En las paredes hay cuadros con elegantes figurines. A la derecha un bonito «comptoir» con libros de contabilidad y todo. La tienda se llama ahora EL CORTE GALANTE.—MODES.—VIUDA DE CEFERINO CARO. Es de día; un día del mes de Enero.

—

(Al levantarse el telón, SORDO, joven dependiente, escribe sentado en el «comptoir». BELLIDO, otro dependiente joven también, y algo ridículo, entra en escena por la izquierda.)

SORDO (Escribiendo.) Ea: ya está la nómina del personal de la casa. Señor Costas, 350 pesetas. Señor Sordo, 250. Señor Bellido, 175...

BELL. (Entrando.) Oiga usted, Sordo.

SORDO ¿Qué hay, Bellido?

BELL. Que pregunta el encargado si las seis piezas de guata que faltan nos las van a enviar las fábricas de Levante o las del Norte.

SORDO Veré el índice de pedidos. (Buscando en un libro.) Ge, ge... gi, gi... gua, gua... Guata; aquí está. (Lee.) Sí: las de Levante!

BELL. (Gritando hacia la izquierda.) ¡Costas; las de Levante.

SORDO No grite usted, que doña Paloma está descansando. Dice que no ha podido dormir esta noche pasada por culpa de los nervios.

BELL. ¡Qué anhelos tengo yo de que se case, amigo Sordo.

SORDO A propósito. ¿Qué le ocurrió a usted ayer con don Paciano?

BELL. Nada, hombre: que como yo soy educado, tengo con doña Paloma atenciones versallescas, y como ese don Panciano es un tío grosero aborricado y abyectable, cree que mis delicadezas son galanteos y está celoso como un constantinopolitanez.

SORDO ¡Atiza!

BELL. ¿Concibe usted mayor absurdidaz?

SORDO Pues tenga usted cuidado, porque un hombre celoso es un peligro.

BELL. ¿Qué me va usted a decir de eso, si yo también soy un Otelo? ¡Apenas hago yo sufrir a mi novia! Como que en su casa me llaman todos Otelito.

SORDO Y qué, ¿hay boda pronto?

BELL. ¡Quiá! El padre no consiente: es un hombre metalizado, y como yo en realidad gano poco... El domingo hablé con él del particular y me dijo: «¿Otelito y sin un perro? ¡Quiá!»

SORDO Pues doña Paloma creo que se toma los dichos esta noche.

BELL. Sí: parece que estaban esperando que regresara de Chile un primo de don Paciano, que va a ser el padrino, y dicen que ha llegado esta mañana. Bueno: ella se casa por agradecimiento.

SORDO Como que él ha hecho por ella lo que no hubiera hecho un padre por una hija. Ha pagao las trampas, ha abarrotao la tienda de existencias, y to a nombre de ella sin una mala escritura.

COSTAS (Por la izquierda.) Señores: que yo no me puedo quitar de encima al tío ese.

SORDO ¿Quién es?

COSTAS Uno que quiere vendernos unas alfombras de moqueta para el establecimiento.

SORDO ¿Pero qué necesidad tenemos nosotros de alfombras?

COSTAS Eso le he dicho yo. Pero dice que no le importa, que nos las vende. ¡Y no se va!

SORDO ¿Será Palmau? ¿Es catalán?

COSTAS Catalán.

SORDO Alto, con mosca, como los alabarderos.

BELL. Sí, señor.

SORDO ¡Palmau! ¡Pepe Palmau! ¡Nos hemos caído! ¡Nos vende las moquetas!

COSTAS ¿A nosotros? ¡Vamos!

SORDO ¡Nos vende las moquetas! ¡Ya lo creo! Como que el gachó tiene este lema: «¿Qué vas a hacerme? ¿Vas a matarme? ¡Hay que comprarme!» Nos coloca las moquetas.

COSTAS Ya será menos.

SORDO Ustedes dirán lo que quieran, pero yo lo que sé es que cuando él vendía botones tuvieron que idear los sastres las americanas de doble fila.

PALMAU (Por la izquierda. Es catalán y con mosca. Gritando.) ¡¡Amigo Sordo!!

SORDO ¡Chits!

PALMAU ¿Eh?

SORDO Que no grite usted, que no soy sordo.

PALMAU (En tono normal.) ¿También vosté va a gastarme chirigotes como los compañeros? (Gritando mucho.) ¡Me quieren echar! ¡Que te creyes tú aixo! ¡Pero no es aixo! Yo enseño las moquetas. (Disponiéndose a abrir un muestrario que trae.) Miri... miri...

SORDO ¡Que no grite usted!

ACIS. (Por el foro, precipitadamente. Viene de la calle y muy preocupado.) Buenas.

TODOS Buenas.

PALMAU Caray. ¡Pero si es el amigo Acisclo! Oiga, que estoy aquí, yo, Pepe Palmau. ¿Qué tal, home?

ACIS. Bien, gracias. Oiga, Costas, y usted también, Bellido. Arreglen el escaparate de la derecha y pongan los chalecos de fantasías y las bufandas de punto. (Los echa, empujándolos, mientras Palmau habla.)

PALMAU Caray, qué bien haría en el escaparate una alfombrita de moqueta de yute, estambre y cáñamo, dándole aspecto de salón confortable.

ACIS. (Sin hacerle caso.) Usted, Sordo. Lléguese a la estación a ver qué pasa con esas dos piezas de terciopelo que no llegan nunca.

SORDO Están allí desde el lunes.

ACIS. Razón de más: a lo mejor están los fardos al raso, y ya sabe usted que el raso, no le sienta bien al terciopelo.

PALMAU ¡Un retruécanite!

ACIS. (Enfadado.) ¡Un tiro!

(Sordo se va por el foro. Por el mismo sitio se fueron Costas y Bellido.)

PALMAU (Siguiendo a Acisclo que pasea agitado.) Pues aquí

estoy esperando a la viuda para enseñarle unas moquetas. (Haciendo aspavientos de cosa superior.) Lo que se dice... (Nuevos aspavientos. Acisclo ni le mira.) Vaya; muy buenas.

ACIS. Vaya usted con Dios.

PALMAU No: si no me voy.

ACIS. Ya lo creo que se va usted. (Llevándole hasta la puerta de la izquierda.) Usted aguarda a la viuda en la tienda, porque yo no tengo ganas de conversación.

PALMAU Con muchísimo gusto, amigo Acisclo. Ya sé que esto marcha, ¿eh?

ACIS. (Empujándole y cerrando la puerta.) Marcha, marcha. (Al verse solo.) ¡Gracias a Dios! (Atraviesa la escena, se asoma a la puerta de la derecha y llama.) ¡Doña Paloma! (Retirándose de la puerta.) Bueno: la que aquí se va a armar, va a ser de las de P. P. y dos uves.

PAL. (Entrando en escena.) Qué, Acisclo; ¿era él?

ACIS. Sí.

PAL. ¡Ah!... ¡Vive!

ACIS. Se hospeda en el Palace y lleva tres días en Madrid

PAL. ¡Ah, canalla!

ACIS. No le insulte usted.

PAL. ¡Once meses sin dar cuenta de su persona! ¡Llevar tres días en Madrid y no venir a verme! ¡Miserable!

ACIS. Doña Paloma, cálmese usted, porque oyéndole relatar a don Ceferino su tragedia, se me han puesto de punta hasta los pelos del gabán

PAL. ¡Tragedia, sí, sí! ¡Vodeviles! ¡Sinvergüenza!

ACIS. Crea usted que el infeliz, con tos sus millones, es un desgraciado.

PAL. (En una transición.) ¿Pero ha cobrado? ¡Pobrecito mío...

ACIS. ¡Como que se iba a volver sin la herencia! Ha dejado a la República chilena, que no hay un peso ni en las carnicerías.

PAL. Pero, ¿por qué no me ha escrito? Cuando se marchó me dijo: «Si no te escribo es que me han lynchado al intentar el cobro.

ACIS. No ha podido.

PAL. ¿En once millones?... digo, ¿en once meses?

ACIS. En once meses. El pobre, cuando yo le dije que usted permanecía soltera, digo, viuda, bueno, sin casarse, pegó un salto que se cha-

fó el borsalino contra la marquesina. Y luego me dijo con lágrimas hasta en las cejas: «Acisclillo: dile a mi Paloma, que luego, pase lo que pase, iré a verla; pero que delante de la gente no me conozca, porque si me conoce me pierde irremisiblemente.

PAL. ¿Pero?...

ACIS. ¡Qué tragedia, doña Paloma! Verá usted: le relataré lo poco que me ha contao.

PAL. (Al ver que por el foro entran PACIANO y LUCIO.) ¡Silencio! (Ambos disimulan. Paciano viene hecho un brazo de mar. Lucio es un señor como de cuarenta años, fuerte, mal encarado y con tipo de artista.)

PAC. (A Lucio, por Paloma.) Mírala: ahí la tienes. Esa es.

LUCIO Soberanísima. (Describiendo con la mano.) Hay línea... contorno... plasticidad...

PAL. Buenas tardes.

PAC. Mi primo Lucio Barba, pintor de Grecos. (A Lucio.) La viuda de Caro, mi futura.

LUCIO Tantísimo gusto, señora. (Le da la mano.)

PAL. El gusto es mío.

LUCIO (Mirándola al busto y en son de piropo.) Tiene usted un escorzo...

PAL. (Lanzando un grito y dándose manotazos como si quisiera quitarse de encima un bicho.) ¡Ay! ¿Dónde? ¡¡Acisclo!!

PAC. (Riendo.) No te asustes, prenda. Escorzo quiere decir eburneidad caderil. (Admirando a Lucio.) ¡Es que es un artista! (Abrazando a Lucio y por Paloma.) ¡Una pochez!

PAL. Vamos, calla (A Lucio.) ¿Ha llegado usted hoy?

LUCIO A Madrid, sí, señora; a España llegué hace tres días. He estado once meses en Chile.

PAC. Buen negocio habrás hecho. Porque para estar tú once meses fuera de casa...

LUCIO Pues no te creas, no he ganado un real; al contrario, he tenido que gastar unos cuantos miles de duros. Ahora que... ¡Ese tío!... ¡Maldito sea su perfil!...

PAC. ¿Eh? ¿Pero te ha ocurrido algo?

LUCIO Me ha ocurrido, Paciano, que un sujeto, a quien Dios confunda, me ha tomado el pelo de una manera, que no ando con bisoñé porque la naturaleza es pródiga y opípara. (Paloma y Acisclo, que está sentado al pupitre y escribe, se miran.)

PAC. ¿Qué me dices?

LUCIO Escucha que me vas a compadecer, porque lo que voy a contarte parece una fábula. Tú sabes que aquel Cándido Boldún que había de heredar aquellos millones, no parecía por ninguna parte y sabes también, que yo tenía apalabrada la venta de quince auténticos Grecos, recién pintados por mí, para quedarme con la mayor parte de la herencia. Pero se interpuso el presidente del sindicato de los sinvergüenzas. Verás.

PAL. (Aparte a Acisclo.) ¡Acisclo, que tiran a dar!

ACIS. (Idem a Paloma.) Sí, señora: pero si su marido es el presidente, este gachó es el vice.

LUCIO Bueno; pues una mañana, hace de esto casi un año, estaba yo en el Consulado hablando de los Grecos y discutiendo acerca de una greca con la que querían adornar las paredes del despacho, cuando entra un criado y anuncia a Cándido Boldún.

PAC. ¡Cándido Boldún! ¡Ja, ja, ja!...

LUCIO Hombre: no te solaces. No me dió un colapso, porque yo tengo un corazón que es una pilonga. Pasó el interfecto y vi que el tal Cándido, aunque se había rasurao, era un prójimo a quien yo conocía de vista desde la adolescencia.

PAC. ¡Ja, ja, ja!...

LUCIO (Molesto.) Oye, tú.

PAC. (Sin dejar de reir.) Ja, ja... Es que los hay, Paloma, graciosísimos A mí un fresco de esos me hace feliz. Continúa.

LUCIO El muy canalla tiró de documentos, el Cónsul los examinó y los documentos eran chipén, Paciano. Comuniqué al Cónsul mis sospechas, le dijimos que, puesto que era un vate esclarecido, que nos recitara alguna trova y va el gachó, toma terreno, se mesa las guedejas y nos recita lo siguiente con una frescura que lo oye una foca y tirita:

«Por entre unas matas
seguido de perros
no diré corría, ché
volaba, un conejo.»

PAC. (Alborotando.) ¡Ja, ja, ja!... Lo que tú dices: una fábula. ¡Gachó: espera que me desabroche! (Lo hace.) Sigue. Claro que el Cónsul sospecharía... ¡Ja, ja, ja!...

LUCIO Naturalmente: pero como no había medio de arrancarle la máscara y el tío tenía que ir a Chile para cobrar, el Cónsul me comisionó oficialmente para que le acompañara, a ver si durante el viaje lograba yo desenmascararle.

PAC. ¿Y qué?

LUCIO Todo inútil. No ha hecho una visita, no ha escrito una carta, no ha tomado una copa de más... Y sobre todo; lejos de huir de mí, me buscaba a todas horas para leerme sus poesías. ¡Señores, qué poesías! Me ha vuelto loco Yo me he valido hasta de las más atractivas chilenas a ver si le sonsacaban, pero ¡miau! Para él, las más hermosas mujeres están de más. (Acisclo felicita disimuladamente a Paloma.) En cambio se traía una de líos con las camareras del hotel... (Paloma le da un empujón a Acisclo.)

PAC. Ja, ja, ja... Y tú has desistío de .. ¿eh?... Ja, ja, ja...

LUCIO Quiá. Me he traído de Chile a un policía, a un tal Iquique, que se ha comprometido por cincuenta mil pesetas a descubrir la verdadera personalidad del falso Boldún y no le pierde de vista un instante.

PAC. ¿Pero quién será ese frescales? Me gustaría conocerle para admirarle. Me entusiasman a mí estos tipos.

LUCIO Yo no sé. No me acuerdo de cómo se llamaba antes de ser Boldún, porque aunque le conozco desde hace mucho, yo tratarle no le he tratado. ¡Caramba; si tú debes conocerle también!

PAC. ¡Yo! Hombre, ojalá. Ja, ja, ja. .

LUCIO ¿No te acuerdas de un muchacho bajito, con barba recortada, que estaba hace veinte años en la sastrería de Laca? Uno que luego se estableció por su cuenta en Antón Martín.

PAC. (Poniéndose serio.) ¡Caray, ese es Ceferino!

LUCIO (Recordando.) No sé... puede... Yo me refiero a aquel muchacho que en una novillada de los sastres se equivocó y le puso un par de banderillas a un guardia.

PAC. Sí, hombre; ese es Ceferino, Ceferino Caro.

LUCIO ¡Eso! ¡¡Caro!! ¡Ja, ja, ja!...

PAC. ¿Eh?

ACIS. (Aparte a Paloma.) Estremézcase usted.

PAL. (Estremeciéndose muy mal.) ¡Aaaah!...

LUCIO ¡Ya está cogido! ¡¡Ceferino Caro!! Ja, ja, ja...

PAC. Oye, tú, no te rías que esto es muy serio.

LUCIO ¡Qué va a ser serio! ¡Graciosísimo, hombre! Ceferino Caro es el falso Boldún. ¡Ja, ja, ja!...

PAC. (De pie y solemne.) Lucio, permíteme que te diga que estás errao y obcecao.

LUCIO ¡Quiá! ¡Ja, ja, ja!...

PAC. Lucio, que estás discerniendo con los tacones. (Descubriéndose.) Ceferino Caro ha muerto.

LUCIO ¡Quiá!

PAC. Te advierto que yo mismo he visto sus despojos y le he dao tierra y hasta le he mandao misas.

LUCIO Pues que te las devuelva.

PAC. Mira lo que dices, porque Ceferino Caro fué el esposo de esta señora con la que me voy a casar dentro de quince días.

LUCIO Que esta señora... (A Paloma.) ¿Se llama usted Paloma por un casual?

PAL. Sí, señor.

LUCIO Pues no se case usted, señora, porque su marido de usted aletea.

PAL. Dios mío.

ACIS. (Aparte.) Más.

PAL. ¡¡Ay, ay, Dios mío!!

PAC. ¡¡Lucio!!

LUCIO Yo he velado muchas noches su sueño y había dos nombres que no se separaban de sus labios: uno de ellos era Paloma.

PAL. (Con ansiedad.) ¿Y el otro?

PAC. Oye, ¿era Acisclo, por una casualidad?

LUCIO No: ¡Nicéfora!

PAC. Lucio, por tu madre, que Nicéfora es mi hermana.

LUCIO Vas a convencerte por tus propios ojos. En el Palace se hospeda. Si no estuviera allí, Iquique nos dirá dónde se halla.

PAC. Vamos.

PAL. ¡¡No!! ¡Paciano!

PAC. No temas, Paloma. Esto es un espejismo de Lucio; yo tengo la partida de defunción del malogrado Ceferino.

PAL. Sí, pero, no vayas.

PAC. ¡Cuánto me idolatras! Tranquilízate, Paloma. No habrá quien impida nuestra unión. Si en efecto es el pobre Ceferino, tu viudez es un hecho porque le apiolo.

ACIS. Quien apiola al marido, no puede casarse con su viuda, señor Paciano.

PAC. Es que resultaría que yo a quien apiolaba era a Cándido Boldún.

LUCIO De eso te guardarás muy bien, mientras no se descubra su verdadera personalidad y devuelva el dinero porque, a ver que hago yo si no con los Grecos.

PAC. Vamos.

LUCIO Vamos. (Se van por el foro. Lucio riendo y Paciano protestando contra sus carcajadas.)

PAL. ¡Dios mío, Acisclo, está perdido!... ¿Qué hacemos?

ACIS. No sé, señora. Estoy más atarugado que un «parquet». Don Ceferino me ha ofrecido cinco mil duros si le encuentro una solución y no se me ocurre nada.

PAL. ¡Ay!, voy a encenderle una lámpara a Nuestra Señora de la Paloma; ella nos iluminará. (Se va por la derecha.)

ACIS. ¡Dios mío, una solución!...

PALMAU (Asomando la cabeza por la puerta de la izquierda.) Que estoy aquí, ¿eh? Que yo no me voy sin que la viuda vea las moquetas que traigo. Sobre todo esta del dibujito..

ACIS. ¡Maldita sea un tiro!... (Dándole con la puerta en las narices.) ¡Déjeme usted en paz! (Cierra la puerta.) Para moquetitas estoy yo.

CEF. (Asomándose por la puerta del foro.) Acisclo..

ACIS. ¡Don Ceferino!... Pase usted: estamos solos.

CEF. (Entrando. Viene elegantísimo, y todo afeitado.) ¿Y ella, Acisclo?... ¿Y ella?

ACIS. Ha ido a encender una lámpara a la Virgen.

CEF. ¡Palomilla de mi alma!... ¿Hay alguien con ella?

ACIS. No señor.

CEF. Aguarda y vigila. Si viene Paciano, avísanos.

ACIS. Sí señor. (Ceferino hace mutis por la derecha y Acisclo entreabre la puerta de la izquierda y llama.) Costas... Bellido...

BELL. (Entrando.) ¿Qué pasa?

ACIS. Póngase en la puerta de la tienda y cuando vea usted venir a don Paciano, me lo comunica.

BELL. Sí señor. (Vase.)

ACIS. (Cerrando la puerta.) ¡Pobre don Ceferino! (Se es-

cucha un grito de Paloma.) ¡Vaya un susto que se ha llevado doña Paloma!... Aquí salen.

CEF. (Entrando con Paloma.) No: aquí, Paloma mía: aquí puedo justificar mi presencia: soy un comprador. Ahí dentro ¿qué podía ser sino tú marido?

PAL. ¡Ay, Ceferino! ¿Qué has hecho?

CEF. No me recrimines, Paloma. Mi situación es angustiosamente trágica, pero tengo en el Banco una cuenta corriente que asusta. Claro, que como yo no soy Cándido Boldún, si caen en la cuenta me doblan, pero no temas. ¡Cándido Boldún, soy yo!

PAL. Sí, pero siendo tú Candido Boldún, ¿yo qué hago?

CEF. ¿Eh?

PAL. Lucio acaba de comunicar a Paciano sus sospechas de que tú eres tú y han ido a buscarte.

CEF. ¡Atiza!

PAL. Paciano al verte, comprenderá que no eres Cándido, sino Ceferino y si yo rompo con él mis relaciones y se deshace nuestra boda, ¿qué mayor prueba darle de tu existencia?

CEF. Tienes razón; eso es imposible.

PAL. Me figuro que no accederás a que me case con Paciano.

CEF. ¡Paloma! Con otro... me disgustaría gravemente, pero con ese canalla...

ACIS. Y yo digo: ¿por qué no huyen ustedes?

PAL. ¡Eso!

CEF. Sería delatarnos. Iquique es mi sombra: Iquique no se dejaría engañar. Es un sabueso hábil. Le han ofrecido diez mil duros... Si huyo me vendo.

ACIS. ¿Y por qué no le compra usted? Ofrézcale cuarenta mil.

CEF. ¡Pero si no deseo otra cosa! ¡Comprarle! No, por cuarenta mil, ¡por lo que pida!... Pero... ¿quién es Iquique? Lo ignoro. ¿Es uno de los criados que me servían en Chile? Tal vez. ¿Es el musculoso marinero que durante la travesía me observaba, ora por la proa, ora por la popa? ¡Quizás! ¿Es el editor de mi último libro de versos, «Endechas chilenas?» ¡Quién sabe! No conozco a Iquique. Seguramente ha venido aquí siguiéndome. Acaso

me está oyendo en este instante. (Comienza a abrirse muy despacito la puerta de la izquierda.)

PAL. (Advirtiéndole.) ¿Eh?

CEF. ¡Silencio! Debe ser él. Lleva ya demasiado rato sin saber de mí.

PALMAU (Por una rajita de la puerta.) Yo he oído una voz de dona y si es la viuda, le enseño la moqueta. (Abre un poco más la puerta.)

CEF. (Detrás de la puerta, preparándose con un bastón.) En cuanto asome las narices se las chafo. (Palmau asoma la gaita y Ceferino simula meterle el puño del bastón hasta el cerebelo.) ¡Toma!

PALMAU (Desapareciendo y gritando dentro.) ¡Ay!

ACIS. (Acudiendo.) ¡Ah, Palmau!

CEF. (Lo mismo.) ¿Que ha palmao? No tanto, hombre; si no le he dado más que así.

ACIS. (Deteniéndole.) Si digo que es Palmau, un comisionista...

CEF. ¡Válgame Dios! Pues le he partido la ternilla.

PALMAU (Entrando con el pañuelo en las narices como si se contuviera la hemorragia.) (¡Pues ni por esas. Yo voy a lo mío.) (A Paloma.) Señora, vengo a enseñarle a usted una moqueta, que va usted a ver una moqueta como no hay otra.

PAL. Sí, sí; ya lo veo: perdone. Acisclo se confundió... y... ¿quiere usted un poco de alcohol?

PALMAU ¡Bah! ¿Quién piensa en eso ahora? Lo que deseo es que vea usted la moqueta que traigo. ¡Colosal! Tiene rojo, tiene verde, tiene amarillo..

CEF. (Por lo visto lo he destrozao.)

PALMAU Vea usted el dibujo. (Le enseña unos cartoncitos.)

PAL. ¡Ah!... ¿Pero?...

PALMAU Y casi regalada.

PAL. Venga usted mañana y sí: le compraré para el comedor y para el gabinete.

PALMAU Mol bé. (A los demás.) ¿Están ustedes viendo? ¡Golpecitos a mí! ¡Brometas y cuchufletas a mí! A mí me despedazan y cada pedazo mío se incorpora y vende una alfombra. Hasta mañana que asomaré primero la cabeza que es lo más duro que tengo. (Se va por la puerta de la izquierda, diciendo.) Caray, me han puesto la nariz que no me va a servir para nada. La abonaré en cuenta. Páseu bé. (Vase.)

CEF. No era Iquique. ¡Qué lástima! ¡Con lo bien que le había dado!

ACIS. (Como iluminado.) ¡Don Ceferino!

CEF. ¡Qué!

ACIS. Que se me está ocurriendo una idea, que me parece que se va usted a salvar.

CEF. ¿Qué dices? ¡Habla!

ACIS. Aquí de lo que se trata es de que nadie dude de que es usted Boldún aunque por el aspecto parezca usted Caro.

CEF. Sigue.

ACIS. Que la prueba más convincente es que estando usted en Madrid, su viuda de usted vuelva a casarse.

CEF. ¿Eh? ¿Con quién?

ACIS. Conmigo. Verá usted: yo no tengo padres ¡usted me adopta! Doña Paloma riñe con Paciano, porque se ha enamorado de mí, y se casa conmigo; usted vive con nosotros, porque es mi padre adoptivo... y todo queda en casa.

CEF. Espérate, que te has ganado los cinco mil duros.

ACIS. ¿Eh?

CEF. Porque lo que me has dicho me ha sugerido esto otro que se me está a mí ocurriendo...

PAL. ¿Qué es, Ceferino?

CEF. (Riendo a carcajadas.) ¡Claro!... ¡De primera! ¡Dame un abrazo, Paloma! (La abraza.) ¡Acisclillo! ¡Chócala! Escúchenme, porque se van ustedes a reir. (Ríe.)

BELL. (Por la izquierda.) ¡Acisclo! Ahí viene don Paciano con su primo. (Mutis.)

CEF. ¡Mi abuela!

PAL. (Apuradísima.) ¡Ay, Virgen santa!

ACIS. ¡Nos caímos!

CEF. ¡Calma! Ustedes no me conocen; me encuentran algún parecido, pero no me conocen. Yo he venido aquí a comprarme un abrigo. ¡Venga un abrigo!

ACIS. Sí, señor. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡Pobre don Ceferino: me lo van a mondar! (Vase.)

CEF. Vete tú también; estás muy nerviosa y ese nerviosismo puede perjudicarme.

PAL. ¡Ay, Cefe!

CEF. Bebe azahar y vuelve

PAL. ¿Pero qué hago yo cuando vuelva?

CEF. Te asustas un poco al verme y así justificarás los nervios.

PAL. Ceferino, por Dios, no me dejes viuda.

CEF. ¡Vete!

PAL. ¡Ay! (Se va por la derecha.)

CEF. (Sentándose de espaldas a la puerta del foro.) Mucho ojo, Ceferino. Te juegas dos millones, una esposa modelo y estas narices acaballadas que te van muy bien. Ahí están ya. (Se pone a leer un periódico.)

LUCIO (Con Paciano por el foro.) Sí, míralo, ahí está. Iquique no nos ha engañado.

PAC. Pero...

LUCIO El estar aquí, bien demuestra...

PAC. (Llamándole a media voz.) ¡Ceferino!... (Más alto.) ¡¡Ceferino!!

CEF. (¡Estás tú apañao!)

PAC. Ni siquiera se ha estremecido. Yo creo que no es él.

LUCIO Mírale el rostro.

PAC. (Avanzando y contemplando a Ceferino. Muy nervioso.) ¡Sí! Es él!... ¡Ceferino!.. ¡Tú!

CEF. (Fingiendo el mayor de los asombros y hablando en guachindango.) ¿Es a mí?

PAC. (Saltando en seco.) ¡Ah! ¡Sí! ¡El! ¡Su voz! ¡¡Ceferino!!

CEF. (Como antes.) ¿Pero?... (Viendo a Lucio.) ¡Oh amigo Lucio! (Le estrecha la mano.) ¿Cómo dise que lo pasa el amigaso? Escúcheme no má. ¡La gran siete! ¿quién es ese sonso que me llama Ceferino?

LUCIO Un primo mío. (A Paciano.) Ven acá, hombre, que te voy a presentar... (Presentando.) Paciano Galán... Cándido Boldún...

PAC. ¿Pero qué me vas a presentar a mí a este? ¡Vamos, hombre!

CEF. (A Lucio por Paciano.) ¿Qué le sucede al primo?

LUCIO Nada; que le encuentra a usted muy parecido a un amigo suyo.

CEF. ¡Caracas y el Puerto de Veracruz! Pues no sé qué me ocurre hoy, porque al entrar aquí en la sastrería con el propósito de comprarme un abrigo que vi en el escaparate, el dependiente empezó a gritar. ¡Es caro!... ¡Es caro!... Tanto que tuve que decirle: ¡No reparo en precios, ché!

PAC. (Encarándose de mala manera con Ceferino.) Oye, tú.

CEF. (Estrechándole la mano a Paciano.) Encantado de

volver a España, amigo. El azú de zu sielo es azú de esmerarda y en la noche serena brillan las estreyitas, los cometitas, los luseritos, mientras que alla en el valle balan los borreguitos.. Soy poeta, ¿sabe? ¿No lo sabe?

PAC. (¡Señores, qué cínico!)

ACIS. (Por la izquierda con un gabán.) A ver si este le agrada. (Conteniéndose.) (¡Ah!) (A Paciano.) Ya están ustedes de vuelta? (Acercándose a Paciano y a Lucio.) Vaya un susto que me ha dado el tío ese: porque, por la voz y el aspecto, me pareció don Ceferino; pero no es, no: le he tomado las medidas y este tiene más talle, más sisa y menos manga. (A Lucio.) ¿Es este el que decía usted?

LUCIO Sí.

ACIS. Pues no.

PAC ¿Tú viste alguna vez a Ceferino afeitado?

ACIS. No, señor.

CEF. (Llamando a Acisclo.) Pollo...

ACIS. Voy. (Le entrega el gabán, un gabán avellana.) A ver este avellana. (Ayudándole a ponérselo.) Iquique está en la tienda con el pretexto de comprarse un capote de agua.

CEF. (Aparte a Acisclo.) A ver cómo le capoteas. (Mirándose al espejo.) Sí... es decir... no... De mangas, no. Me tira un poco.

ACIS. Eso tiene arreglo. Pero fíjese en el corte.

CEF. ¡Oh, sí, sí! Buen corte de faldón... buen corte de solapas... ¡pero no, no!... la tela... no.

ACIS. ¿No le agrada?

CEF. Abriga muy poco y en Madrid hay mucho fresco. (Quitándose el gabán.) Este avellana es una castaña, joven.

ACIS. Pues es lana pura: vea usted.

CEF. (Aparte a Acisclo por Lucio y Paciano que discuten en voz baja.) Esos están tramando algo, Acisclo.

ACIS. Sí, señor.

CEF. Espérate. (En alto.) ¡Ah! Si pueden ponerle una guata.. Vamos a ver. (Vuelve a ponerse el gabán.)

LUCIO Llámala y veremos si está en el ajo o no.

PAC. (Llamando hacia la derecha.) ¡Paloma! ¡Paloma!

CEF. (¡Caray!)

LUCIO (Aparte a Paciano.) Dile eso con naturalidad.

PAC. Ya verás. (A PALOMA, que entra en escena.) Paloma, mira a quien tenemos aquí. (Vuelve a Ceferino.)

PAL. ¿Eh? ¡Ay! (Avanzando un poco.) ¡¡Sí!! (Deteniéndose.) ¡¡No!! (Llegando hasta Ceferino) ¡¡Sí!!... ¡¡No!! Usted perdone, caballero; no vi nunca a mi esposo afeitado, pero si viviera y se hubiera depilado, hubieran sido ustedes dos gotas. (Ceferino se inclina.)

PAC. (A Ceferino.) ¡Háblela!

CEF. ¿Eh?

PAC. ¡Dígala algo!

CEF. Señora: Es usted hermosa como la frondosa pampa en flor, ¿sabe? ¿A que lo sabe?

PAC. (A Paloma.) ¡Es su voz! ¿No oyes que es su voz?

PAL. Parecida, sí, pero... ¡ay! (Enjugándose una lágrima.) Por mi desgracia no es él. Perdóname, Paciano.

LUCIO (A Paciano.) Anda ahora, y si es él, saltará.

PAC. (Acercándose a Paloma y abrazándola.) Tú eres la que has de perdonarme esta broma de mal gusto, Paloma de mi vida. (Al ver que Ceferino se ha vuelto de espaldas.) (No me ve). Porque yo, alma de mi alma .. (Llamando a Ceferino, sin dejar de abrazar a Paloma.) Caballero... Caballero...

CEF. ¿Eh? (¡Recuerno!)

LUCIO (¡Se ha estremecido!)

PAC. Usted perdone el efusivismo.

CEF. ¿Es su esposa?

PAC. Aún no, pero como si lo fuera.

CEF. ¿Eh?

LUCIO (¡Hola!)

PAC. Ya me pertenece en cuerpo y alma. Vea usted. (La vuelve a abrazar.)

PAL. ¡¡Paciano!! ¿Te atreves a injuriar así a la que va a ser tu esposa?

PAC. Pero...

PAL. ¡Basta!

PAC. Mujer, si es que yo...

PAL. ¡Basta, repito! (Se va por la derecha.)

CEF. Es una mujer digna.

PAC (Con ganas de armar bronca, muy cerca de Ceferino, casi nariz con nariz.) Digna de mejor suerte, porque su primer marido fué un sinvergüenza.

CEF. ¿Qué me dice?

PAC. (Como antes.) ¡Y un canalla, ladrón, indecente!

ACIS. (Se van a agarrar.)

PAC. (Muchísimo más cerca, si pudiera ser.) Y yo he hecho por ella lo que no hubiera hecho su padre, y si me han tomao las guedejas mato a uno.

CEF. (Apartándole.) Hágase allá, que me aterra no más. Este primo...

PAC. ¿Eh?

CEF. (A Lucio.) Este primo de usted me gusta. Es vehemente como los bravos conquistadores de la salvaje América. Le felicito. Es un gran primo.

PAC. (¡Caray!)

CEF. (A Acisclo.) Elegiré yo mismo la clase de género que deseo. ¡Qué esperanza! ¿Verdad? ¡Cosa linda no más, ché! ¡Cosa rica! ¿sabe? (Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.) Voy a conocer á Iquique. Como pueda lo estrangulo. (A Paciano, desde la puerta) Ahora puede, si gusta, buscar a la futura y... (Hace señales de dar un abrazo.) Le envidio, amigaso, ¡Gayego! Porque la señora es ¡aguacate rico, no má! (A Lucio) ¡Vaya un primo con suerte! Suertoso, avaricioso, goloso! ¡¡Golosito!!... (Se va con Acisclo por la izquierda)

PAC. Lucio... ¡¡No es Ceferino!! (Pasea satisfecho.)

LUCIO Paciano... ¡¡Eres un trompo!!

PAC. Reflexiona que ella no le ha reconocido.

LUCIO Estarán de acuerdo.

PAC. Vamos, quita. Paloma me idolatra; a ti te tapona el cerebro la idea de que te vas a tener que comer los grecos, porque ese tío... ese tío es guacamayo legítimo.

LUCIO ¿Tú quieres convencerte?

PAC. Hombre, ya no me hace falta, pero en fin...

LUCIO Pues si tienes confianza en Acisclo...

PAC. ¡Plena!

LUCIO Pues llámalo. Vamos a someter a Paloma y a ese hombre a una prueba definitiva. Llama a Acisclo como para despedirte de él.

PAC. Sea. (Se dirige a la puerta de la izquierda y habla hacia el lateral.) Acisclo, que nos vamos; escucha una palabra.

ACIS. (Entrando.) Usted me dirá.

LUCIO (A Paciano.) Cierra la puerta. (Paciano obedece.) Oiga usted, nosotros necesitamos que ese caballero y la viuda de Caro, tengan ahora mismo aquí una entrevista.

ACIS. ¿Una entrevista?

LUCIO Sí: usted verá cómo se las arregla. Es preciso que los deje usted aquí solos; es decir, solos no; porque nosotros para oir lo que hablen, vamos a ponernos estos dos impermeables y vamos a actuar de maniquíes.

ACIS. ¡Ah! ¿Van ustedes a?... (Sofoca la risa.)

PAC. (Entusiasmado.) ¡Lucio!... ¡Me entusiasmas!... Porque claro que ellos, creyéndose solos, cambiarán impresiones... Acisclillo, cincuenta pesetas si tramitas este asunto con equidad y aseo. Vengan los capotes. (Se ponen los impermeables.) Quita de enmedio esos espantagorriones y al avío.

ACIS. (Haciendo mutis por el foro con los dos maniquíes.) (Lo que se van a reir don Ceferino y doña Paloma cuando yo les diga...) (Vase, volviendo al poco tiempo.)

PAC. Lucio, temblando estoy, porque si es él y he hecho el ciervo...

LUCIO Lo has hecho, Paciano.

PAC. Aún no he perdido las esperanzas, y si la plancha es tuya, si no es él... ¿Cuánto te has gastado en el viaje a Chile?

LUCIO Veinte mil pesetas.

PAC. Pues cuenta con ellas. Así festejaré, la para mí, nueva «felicisma».

LUCIO ¿Palabra, Paciano?

PAC. Palabra de honor. (A Acisclo.) Tú: a lo tuyo.

ACIS. Ahora mismo. (Se va por la izquierda diciendo:) (Bueno: a ver lo que se le ocurre a don Ceferino.) (Vase.)

LUCIO Vamos a colocarnos.

PAC. Sí.

(Se ponen en sustitución de los maniquíes.)

LUCIO Y no te muevas oigas lo que oigas.

PAC. Primero se mueve la Equitativa.

(Por la izquierda entra en escena BELLIDO: trae un papel en la mano, se dirige al pupitre, abre un libro y se pone a escribir.)

BELL. ¡Estoy más harto!... Se pasa uno el día en pie, y cuando se sienta uno un instante es para hacer un asiento. (Escribe.)

ACIS. (Por la izquierda con CEFERINO.) Pase usted, caballero. Usted perdone la molestia, pero es que deseo rectificar las medidas. (Ahí están esos dos primaveras.)

CEF. (Aparte a Acisclo.) Gracias, Acisclillo; tú sí que eres mi amigo del alma.

ACIS. (A Bellido.) ¿Qué hace usted?

BELL. Un asiento.

ACIS. Luego lo hará usted.

BELL. Es que luego ese bestia de don Panciano, como la tiene tomada conmigo, dice que yo no cumplo con mi obligación.

CEF. ¿Ha dicho usted bestia, o he oído mal?

BELL. ¡Bestia, bestia! Estoy de él hasta la coronilla. Y es que está celoso, ¿sabe usted? Como doña Paloma no lo puede resistir...

CEF. ¿Eh?

ACIS. (De mal talante.) ¿Pero qué le importa a este caballero?...

CEF. Perdone, maestro: esa mujer, linda no má, ¿qué digo linda, no má? ¡más que linda no má! me ha sido simpática y me interesa. ¡Gayegota rica! (A Bellido.) ¿Dice usted que ella no puede resistir a ese don Paciano?

BELL. Le odia. Es un tío que no tiene más que buena ropa. Irá con él al altar por agradecimiento. ¿Pero quererle? ¿Qué cariño puede inspirar un hombre, que más que hombre es un maniquí?

CEF. ¡Qué esperansa!

ACIS. ¡Bellido: delante de mí no vuelva usted a insultar a don Paciano!

BELL. ¡Anda con la que sale ahora! Y él se pasa el día diciendo que es un ganso y un fátuo y un sinvergüenza.

CEF. (¡Y Paciano enterándose!)

ACIS. ¿Yo? ¿Que yo he dicho de don Paciano?...

BELL. Si hasta le ha sacado una copla que dice...

ACIS. ¡Bellido!

BELL. No quiere que la diga porque en la copla se alude él mismo.

ACIS. (Furioso.) ¡¡Márchese y no calumnie!! (Le obliga a puntapiés a hacer mutis por la izquierda.)

CEF. (Atajándole.) Ande, ande, no más a lo de las medidas, que tengo prisa.

ACIS. Sí, señor; aguarde usted a que avise. (Haciendo mutis por la derecha.) (¡Pues me ha dejao en buen lugar! ¿Cómo convenzo yo a este hombre?...) (Se va. En el mutis, recibe un cogotazo que le atiza Paciano.)

PAC. (Bueno: esa copla que me ha sacao la van a bailar todos los de esta casa con acompañamiento de browing.)

ACIS. (Entrando por la derecha, seguido de PALOMA.) Hágame usted el favor de ir anotando.

PAL. (Sentándose ante el pupitre.) (¡Qué quietos están! ¡Dios mío!... ¿Qué se le ocurrirá a Ceferino?)

ACIS. (Tomando medidas a Ceferino. Dictando a Paloma.) ¿Tiene la bondad?... Cincuenta y siete, cincuenta y cuatro... y noventa y ocho. Voy ahora, con el permiso de usted, ahí a... Porque puede que tenga una tela que... Ahora vuelvo. (Se va por la izquierda.)

PAL. (Levantándose.) En seguida volverá el oficial. Muy buenas tardes. (Medio mutis.)

CEF. Esta es la mía. (Recitando.)

Mi esperanza, no se vaya,
mi esperanza, no remonte...

PAL. Me llamo Paloma, caballero.

CEF. Lo sé. Es que declamo un soneto mío que empieza así, no má.

Mi esperanza, no se vaya,
mi esperanza, no remonte,
que queda el chileno triste,
¡ay!
y no le alegra el sinsonte...

Bueno, el sinsonte es un pajarraco de allá.

PAL. ¿Es usted poeta?

CEF. Sí, gayeguita, sí; soy poeta; poeta fácil, un rimador ¡macanudo! Soy el autó de la tabla de multiplicá en verso, ¿sabe?

Dos por dos son cuatro,
dos por tres son seis,
tres por ocho veinticuatro,
dos por ocho dieciséis.

¿No lo sabéis?

PAL. Ya lo sabía. Vaya, buenas tardes.

CEF. Paloma: ¿quiere usted que hablemos un instante?

PAL. ¡Por Dios!

CEF. Siéntese, no má.

PAL. Con mucho gusto. (Se sientan de espaldas a Lucio y Paciano.)

CEF. ¿Es cierto que yo me parezco a su difunto esposo?

PAL. ¡Ay!, como una bellota a otra bellota.

CEF. ¿Y a usted le gustaba su esposo?

PAL. ¡Mucho! ¡Muchísimo! ¡Pobre Ceferino!

CEF (Tomándole una mano.) Entonces yo...

PAL. (Levantándose.) ¡Caballero! Voy a casarme dentro de quince días.

CEF. Por agradecimiento, sin amor...

PAL. ¡No!

CEF. ¡Sí! Lo sé. (Paloma baja la cabeza.) Va usted a himenearse sin amor con un hombre ordinario, grosero, inculto... Su primo Lucio, mi entrañable amigaso, que siente por él un gran desprecio, ¿sabe?, me había ya contado en Chile que ese Paciano era el baldón de la familia.

PAC. ¡Te mato! (Le da un codazo a Lucio.)

CEF. Un bellacaso, miserable ladrón del propio nombre que lleva, porque su padre no fué su padre. (Anda, para que te rasques.) (Paciano pisa furiosamente a Lucio.)

PAL. ¿Eh, qué?

CEF. Sí, Paloma; Paciano Galán no es hijo de su padre, si no de un tal Rebolledo que murió en presidio por haber asesinado primero a su madre no má.

PAC. (¡Mi padre!)

CEF. Y a un obispo en Calahorra, no má.

PAC. (Empujando a Lucio.) ¡Canalla!

CEF. Y a un vendedor de gomas para los paraguas, no más, y...

PAL. (Aparte.) (¡No recargues tanto!)

CEF. (Deteniéndose.) Y... ¡no más!

LUCIO (Señores, qué tío más embustero.)

CEF. ¿Y va usted a casarse con un hombre que lleva en sus venas sangre criminal? ¡No! (En voz baja.) ¡Ayúdame!

PAL. ¿Qué quiere usted que haga, caballero? El ha sido bueno para mí. No le quiero, no; le odio, sí, le odio, pero...

CEF. Paloma: soy millonario, soy poeta... ¿quiere usted enlazarse conmigo?

PAL. ¿Eh?

CEF. (Acariciándole una mano.) Yo procuraré parecerme a su difunto en todo. Necesito un retrato de su esposo para imitarle enteramente. ¿Lo tiene?

PAL. Sí; ahí en el secretaire hay uno.

CEF. Cuando venga mi amigaso Lusio le entrega usted el retrato y este cheque de doscientas mil pesetas. Que lo copie, que haga un Gre-

co hermoso. Así podré yo imitar su figura y podré regalárselo después. ¡Gayega de mi alma!, como un tributo que rinda a la memoria del que goza la gloria.

PAL. ¡Oh! Esa delicadeza...

CEF. En ese caso...

PAL. (Muy ruborosa.) Sí; accedo a su petición.

CEF. ¡Oh!

Me embarga la alegría..
Mi bien, Paloma mía.
Cumplido mi deseo
te llevo al himeneo...
Paloma, mi Paloma...
(Levantándola y dándola un beso en la mano.)
¡Alza y toma!

ACIS. (Por la izquierda, con unas muestras de telas.) Caballero: vea usted estas muestras... (En voz baja a los dos.) Lo de Iquique está arreglado: dice que si le da usted cuarenta mil duros se marcha y le expide un certificado de que usted es Boldún.

CEF. Ahora mismo. (A Paloma.) Dale ese cheque para que lo lleve a la caja.

LUCIO (Aparte.) (A ver si lo pierde.)

PAL. ¿Pero y el retrato?...

CEF. Con ese certificado no le temo yo a Lucio; que engrequice a su abuela. Tráigame la pieza que corresponda a esta muestra...

ACIS. Sí, señor. Ahora mismo. (Se va por la izquierda.)

CEF. ¡Paloma!... ¡Paloma mía!... (En voz baja.) Ponte melosa. ¡Qué felices vamos a ser, mi Paloma!

PAL. (Colándose.) ¡Mi Ceferino!

LUCIO, PAC., CEF. ¿Eh?

PAL. Perdone; pero se parece usted tanto a él... (Llevándole al secretaire y enseñándole un retrato.) Mírele.

CEF. Sí..

PAL. Y aquí en este cuarto tengo otro retrato...

CEF. ¿A ver?... ¡Paloma, mi Paloma!... (Se van por la derecha muy amartelados.)

PAC. (Saltando en seco y echándose atrás la capucha.) Eso que tú le has dicho en Chile de mí me lo vas a repetir en cuanto salgamos a la calle.

LUCIO (Idem.) Paciano, que yo no le he dicho nada.

PAC. ¡Sinvergüenza!

LUCIO ¿A mí?... (Conteniéndose.) Te advierto que lo ha dicho para quitarte méritos a los ojos de ella.

PAC. Tú me das una explicación en el terreno o te asesino.

LUCIO Mediando deudas no se puede acudir al terreno y tú me debes a mí veinte mil pesetas, porque ya has visto que no es Caro.

PAC. Es caro.

LUCIO Es Boldún.

PAC. Te digo que es caro el viaje en ese dinero; tú no has gastado eso. Además, te vas a ganar cuarenta mil duros.

LUCIO (Cogiendo el retrato del secretaire.) Y que voy a empezar a hacer el retrato esta misma tarde. Me encierro un mes y despachao.

PAC. Antes te mataré yo.

LUCIO ¡Cuidado, que vienen! (Se vuelven a calar las capuchas y tornan a sus sitios.)

CEF. (Entrando de nuevo con Paloma.) En efecto: éramos dos bellotas como usted dice.

PAL. ¡Ay!

CEF. Pero él era pobre y yo nado en millones: él era un ser vulgar y yo soy poeta.

ACIS. (Por la derecha trae una pieza de tela y un pliego de papel.) Aquí tiene usted. Vea usted la pieza.

CEF. (Leyendo muy deprisa.) Certifico que como resultado de mis gestiones .. Cándido Boldún nada tiene que ver con Don Ceferino Caro, fallecido... ¡Ah! (Se guarda con aire de triunfo el papel.) Joven: llame usted a la dependencia.

ACIS. Sí, señor. (Se acerca a la puerta de la izquierda y llama.) Señores: hagan el favor de venir.

(Entran en escena BELLIDO, COSTAS, SORDO y algunos más.)

CEF. Una palabra. Señores: yo soy Cándido Boldún, millonario y poeta. Antes de quince días me habré casado con Paloma, y, por lo tanto, desde ahora mismo ustedes y esta sastrería están de más .. Para indemnizarles de este despido, recibirá cada uno de ustedes la bonita suma de cinco mil pesetas. En cuanto a la sastrería, la odio. Aquí pasó esta mujer los peores ratos de su vida y me gustaría que no quedara ni rastro de cuanto aquí existe. Cuando ella lloraba, estos maniquíes, con sus caras bobaliconas, contemplaban impávidos sus lágrimas. ¡Ah! (Atiza con

la pieza de tela un golpe a los maniquíes y los tumba.)
No quiero ver más sus rostros inexpresivos. (Da un golpe enorme a Paciano.) ¡Sus fachas ridículas! (Da otro golpe a Lucio. Ninguno de los dos se mueve.) Pero, no; esto es muy blando. Quiero destruirlos a tiros. (Saca una pistola.)

PAC. (Saltando y quitándose la capucha.) ¡Mi madre!

LUCIO (Idem.) Arrea. (Vanse por el foro huyendo.)

TODOS (Asombrados.) ¿Eh?

CEF. ¿Qué es esto? Cien duros doy por cada estacazo o bofetada que propinéis a esos dos frescales.

(Todos los dependientes, incluso Acisclo, corren y hacen mutis tras de Paciano y Lucio.)

CEF. ¡Paloma! ¡Palomilla!

PAL. ¡Ceferino!

CEF. El mundo es mío. Tengo dos millones y pico de pesetas; bueno, el pico se lo van a llevar esos, porque la paliza que estarán dando a Paciano y Lucio me va a costar un riñón.

PAL. Escucha, ¿y vamos a volver a casarnos?

CEF. Sí, tenemos que legalizar nuestra situación. No te pese, Palomilla; Ceferino Caro te quería, pero Cándido Boldún es un poeta que hará eterna nuestra segunda luna de miel.

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición)

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

La traición, melodrama en tres actos.

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.

Adán y Evans, monólogo.

El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición).

Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)

John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)

Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus piés, entremés.

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La fórmula 3 K^3, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Las famosas asturianas, comedia en tres actos de Lope de Vega. Refundición.

La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Cuarta edición.)

La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición).

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Los planes de Milagritos, apunte de sainete.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos, música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La razón de la locura, comedia gran guiñolesca en tres actos. (Tercera edición.)

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos.

Obras de Pedro Pérez Fernández

Al balcón, juguete cómico.
Lola, diálogo.
Tal para cual, juguete cómico.
La primera lección, monólogo.
Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Los Florete, juguete cómico.
El sino perro, entremés.
El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.
Boceto al óleo, juguete cómico.
Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
A la lunita clara, entremés.
A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
El gordo en Sevilla, sainete.
Para pescar un novio... paso de comedia.
El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto.
¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición española.
La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto.

Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Las pavas, apropósito cómico-lírico, música del maestro Foglietti.

El señor Pandolfo, farsa lírica en tres actos, música de Amadeo Vives.

Las mujeres mandan o *Contra pereza diligencia,* sainete en dos actos, divididos en seis cuadros.

Los últimos frescos, sainete en dos actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El presidente Mínguez, astrakanada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Luna.

Paz y Ventura o el que la busca la encuentra, sainete en un acto y en prosa, música de los maestros Fuentes y Foglietti.

Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

La última astracanada, juguete cómico-lírico en un acto,

dividido en un prólogo y cuatro cuadros, música del maestro Eduardo Fuentes.

Los rifeños, entremés en prosa.

El oro del moro, sainete en dos actos, inspirado en una copla andaluza.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus piés, entremés.

La fórmula 3 K³, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos, música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos.

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)

PRECIO: DOS PESETAS